

El «milagro de los milagros» de CALANDA

ESPAÑA, 1640

Al joven Miguel Juan Pellicer le fue amputada una pierna a causa de un accidente. Gracias a la gran devoción que el joven sentía hacia el Santísimo Sacramento y a la Virgen del Pilar, sucedió un gran Milagro que fue inmediatamente reconocido y aprobado por el Arzobispo de Zaragoza, el mismo que luego presidió el proceso canónico. En la sentencia definitiva escribió que “a Miguel Juan Pellicer de Calanda, le había sido restituida en modo milagroso la pierna derecha, amputada años atrás y aquello no había sido un hecho natural sino milagroso”.



Santuario de la Virgen del Pilar de Zaragoza



Pintura antigua presente en el Santuario del Pilar en la que está representado el Prodigio



Juan Pablo II, ante la estatua de la Virgen del Pilar de Zaragoza



Documento original del notario Miguel Andreu del 2 de abril de 1640 en el que certifica el Milagro de Calanda



El Papa Pío XII en oración ante la estatua de la Virgen el Pilar, recibida en donación



Según se cuenta, la Capilla primitiva del Santuario habría sido construida por el Apóstol Santiago el Mayor hacia el año 40, en recuerdo de la prodigiosa “Venida” de la Virgen de Jerusalén a Zaragoza para confortar al Apóstol que se encontraba desilusionado por los resultados negativos de su predicación. El “Pilar” es la columna de alabastro sobre la cual la Virgen habría apoyado sus pies



Miguel Juan Pellicer, nació en 1617 de una familia pobre de Calanda, pueblo que se encuentra a unos cien kilómetros de Zaragoza. A los 19 años, decidió trabajar con un tío en Castellón de la Plata. Un día, durante los trabajos en el campo, cayó bajo las ruedas de una carreta llena de grano, fracturándose la pierna derecha. Miguel Juan fue llevado de inmediato al hospital general de Valencia. Viendo que allí era imposible curarlo, decidió salir de alta para iniciar un viaje de trescientos kilómetros hacia Zaragoza para pedir ayuda a la Virgen del Pilar. Caminó ayudándose de las muletas, apoyando a una madera la rodilla de la pierna fracturada que ya estaba infectada. Llegó exhausto y con fiebre a Zaragoza en el mes de octubre de 1637. Allí se arrastró hasta el Santuario del Pilar donde se confesó y recibió la Eucaristía. Luego fue internado en el

Real Hospital de Gracia. Viendo el estado de la gangrena, los médicos concluyeron que el único modo para salvarle la vida sería amputándole la pierna. El miembro fue cortado con serrucho y escalpelo cuatro dedos bajo la rodilla y cauterizado con fierro candente.

Un joven practicante, Juan Lorenzo García, recogió el miembro amputado y lo enterró en el cementerio anexo al hospital. Desde ese momento, Miguel Juan tuvo que mendigar en el Santuario de la Virgen del Pilar para poder sobrevivir. Todas las mañanas estaba presente en la Misa y rezaba con fervor delante del Santísimo Sacramento. Solía untar la pierna mutilada con el aceite de la lámpara del Tabernáculo. Luego de más de tres años de ausencia, decidió regresar a la propia familia,

donde fue acogido con afecto. En marzo de 1640, después de una vigilia en honor a la Virgen, Miguel Juan se sintió muy cansado. Decidió retirarse antes de lo acostumbrado y como siempre, untó la zona amputada de la pierna derecha con el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento que había tomado del Santuario de la Virgen del Pilar. Cuando la madre se acercó para ver si el hijo estaba bien, descubrió que sobresalían de las frazadas, no un pie sino dos. Miguel Juan había recuperado milagrosamente el miembro que había sido enterrado tres años atrás por el practicante García. Según los testimonios de los presentes y del proceso canónico “la pierna estaba como muerta, más pequeña y con masas musculares más reducidas, pero estaba perfectamente viva y permitía caminar”